

**IVÁN MOLINA JIMÉNEZ. UNA IMPRENTA DE
PROVINCIA. EL TALLER DE LOS SIBAJA EN
ALAJUELA, COSTA RICA, 1867-1969.
ALAJUELA: MHCJS, 2002**

Ronny Viales

Introducción

Esta obra está dividida en dos grandes partes. La primera representa, en mi criterio, una excelente síntesis interpretativa, la cual solamente ha sido posible debido a la prolífica investigación de Iván Molina a lo largo de la última década. La segunda es un acopio que pone de manifiesto una actitud poco egoísta del autor, dado que, en muchos casos, el historiador prefiere atesorar las fuentes primarias que recopila, antes que compartirlas con sus colegas y aprendices, actitud que nunca ha sido la tónica en el quehacer del investigador Molina. Esta segunda parte está constituida por una antología de prosas y versos de José Joaquín Sibaja García, el último representante “impresor” de esta familia alajuelense; por un inventario de los objetos de la imprenta que adquirió el Museo Histórico

Cultural Juan Santamaría en 1991 y, lo más interesante para los historiadores, por 72 poemas impresos en volantes que se imprimieron en el taller de los Sibaja, los cuales eran utilizados en las comunidades para promocionar los turnos entre 1900 y 1902, es decir, en la transición entre dos siglos que antecedió la que hoy vivimos. Según Molina, esta "poesía de turno" es una fuente fundamental para aproximarse a la cultura popular de esa época.

Algunas ideas centrales del libro de Iván Molina

Permitanme dialogar brevemente con algunas de las ideas centrales que plantea Iván Molina en este libro. La primera parte del libro lleva por título "La República de las letras en San José". A primera vista, la oferta de contenidos del libro parece una continuación de los trabajos de Molina, de los que sería demasiado extenso realizar una breve retrospectiva, pero que se han centrado, junto con varios trabajos de otros colaboradores, en la caracterización, en la descripción del "mundo urbano" costarricense de la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Pero en este libro hay un cambio importante: lejos quedó la interpretación de la "cultura popular" costarricense como una cultura de los sectores dominantes que asistían al teatro y que empezaron a desarrollar el gusto por las bellas artes y la literatura extranjera, tal y como se interpretó en otras obras de Molina.¹

Así, el primer capítulo de esta obra, que inicia con la caracterización de la cultura libresca del Valle Central de Costa Rica a finales del período colonial, continúa con el análisis del aburguesamiento de los sectores sociales vinculados al cultivo y la exportación del café, con el estudio de la secularización temprana de sus lecturas hacia mediados del siglo XIX, e introduce un elemento novedoso de una de sus últimas obras, en coautoría con Steven Palmer, titulada "Educando a Costa Rica"²: a pesar de que el aparato educativo costarricense era bastante precario en las primeras décadas

del siglo XX, el alfabetismo aumentó, sobre todo en el Valle Central. El aporte de este primer capítulo es el esbozo de una hipótesis interesante: mientras la cultura y la lectura “urbana” fueron profanas, tanto en los sectores más aburguesados como en los más populares, la cultura y la lectura “rural”, al menos en el caso de los trabajadores agrícolas, estuvo dominada por la lectura devota y escolar, es decir, existió una circulación y un consumo diferenciado de títulos entre el campo y la ciudad.

El hecho anterior, tal y como se señala en el capítulo segundo del libro, titulado “El universo tipográfico”, está estrechamente vinculado con el hecho de que “...el impacto de la imprenta fue espacialmente diferenciado. El peso que tuvo en la vida cultural de las provincias fue inferior al que alcanzó en la capital del país, verdadera plaza fuerte del tiraje de periódicos y revistas” (p. 39), proceso en el cual la Imprenta Nacional jugó un papel estelar, ante incipientes empresas tipográficas privadas, en manos de extranjeros. Llevando esta situación a otros confines, queda claro que en el modelo liberal de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, el famoso *laissez faire* ha sido una construcción de la historiografía liberal, debido a que en un campo tan específico como la producción tipográfica, la intervención estatal también fue fuerte, así como en el caso de la economía y el fomento agropecuario.

Tanto así que, como plantea Molina en el capítulo tercero de su libro, titulado “Cultura urbana, Estado liberal e intelectuales”, uno de los objetivos de los liberales fue “civilizar a los sectores populares” (p. 49) y en este proceso, los sectores populares no fueron sumisos. Según el autor, en la Costa Rica de finales del siglo XIX, la interacción de la cultura libresca de elite y popular, había originado una “cultura de masas” que era evidente incluso para los viajeros extranjeros.

Por esa razón, el estudio del papel que jugó Alajuela en este proceso es el objeto de estudio del capítulo cuarto de la obra. La imprenta de Sibaja, fundada por Joaquín Sibaja Martínez, inició sus funciones el 5 de octubre de 1867, mediante el tiraje del periódico “El

Cencerro”, dirigido por León Fernández Bonilla. Con este hecho se inauguró una transmisión intergeneracional del oficio que llegó hasta José Joaquín Sibaja García. Este taller de impresión le permite a Molina realizar una microhistoria con tres aristas: una familiar, que acabamos de reseñar, otra local y, finalmente, una social.

Localmente, la imprenta se convirtió en un negocio, con productos diversos, posicionado regionalmente, pero con pocas posibilidades de competir con las imprentas josefinas. Eso sí, el “poder de la palabra” permitió que, poco a poco, se creara un vínculo familiar con el poder político; además, “la política” era uno de los mejores clientes del taller de los Sibaja, y de los talleres josefinos también. Por otra parte, socialmente es importante el papel del negocio familiar en el origen de la “clase media” en Alajuela, hipótesis que motiva para el planteamiento de futuros proyectos de investigación.

Al final, según Molina “El crecimiento urbano y el avance experimentado por la alfabetización popular en las ciudades contribuyeron a que, en el tránsito del siglo XIX al XX, la cultura de masas experimentara una temprana expansión” (p. 118), lo que se demuestra con la diversificación en el consumo cultural: diferentes tipos de funciones, juegos mecánicos, presentaciones escénicas y exhibiciones cinematográficas, cuyo impacto, como queda implícito en este libro, fue menos fuerte y más lento en las provincias que en San José.

Balance crítico

A pesar de los aportes de esta obra, considero conveniente esbozar algunos criterios sobre el marco general de interpretación que utiliza el autor. En primer lugar, existe un avance importante en este libro, en términos de trazar líneas más claras entre la cultura popular y la cultura de los sectores dominantes, y este avance tiene que retomarse en futuros trabajos.

Me parece interesante que se matice y discuta el alcance de conceptos como “mundo urbano” y “cultura de masas” aplicados a la realidad histórica de Costa Rica, de San José y de la vida en provincia a finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Por una parte, es indudable que los conceptos tendrían mayor validez en el caso de la ciudad de San José, aunque la cultura de masas parece ser un fenómeno típico de las sociedades industrializadas; aún así, es interesante plantear ¿cuáles son los límites analíticos que deben guiar este concepto para poder aplicarlo al caso costarricense? ¿será lo mismo leer a los clásicos en San José o en París? Lo que sí es real es el mimetismo que ha guiado a los sectores dominantes en América Latina en general, por lo que una vía alternativa sería establecer los patrones de consumo de los diferentes sectores sociales y, por otra parte, sería válido buscar una vía para analizar la recepción de estas prácticas culturales, camino que ya ha emprendido Molina pero que, a mi juicio, debería ir acompañado de una renovación conceptual más ajustada al caso de sociedades rurales y agrarias, como la nuestra.

En esa misma dirección, la dicotomía rural-urbano que se establece constituye un criterio metodológico relevante, pero siempre salta la duda de ¿hasta qué punto existe un límite preciso entre ambos mundos? Todavía en el presente, en el mundo urbano josefino se conservan prácticas y tradiciones originadas en el campo. Muchas cabeceras de provincia eran una especie de *agritowns*, centros que concentraban los servicios en entornos dominados por la explotación agrícola. No debemos olvidar que a la par del “mundo urbano” que se ha estudiado hace más de una década, está un “mundo rural” del que todavía nos falta mucho por descubrir y de la comparación entre ambos, en sus aspectos estructurales y de representaciones sociales, podemos encontrar la llave para la búsqueda de conceptos alternativos o reformulados que permitan comprender mejor las dimensiones de lo rural y lo urbano en la Costa Rica de finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Por esa razón, las tesis centrales de Iván Molina en este libro constituyen una invitación para las reflexiones comparadas, y esa invitación no se puede rechazar.

Notas

1. Sin ser exhaustivos, vale la pena revisar los planteamientos de los trabajos contenidos en las siguientes obras: Molina, Iván y Steven Palmer (Eds.) *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1700-1900)*, San José: Plumsock Mesoamerican Studies/Editorial Porvenir, 1992 y Molina, Iván y Steven Palmer (Edits.) *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)*, San José: Plumsock Mesoamerican Studies/Editorial Porvenir, 1994.
2. Cfr. Molina, Iván y Steven Palmer. *Educando a Costa Rica. Alfabetización popular, formación docente y género (1880-1950)*, San José: Editorial Porvenir/Plumsock Mesoamerican Studies, 2000.